

ASTROLOGÍA JUDICIARIA Y ALMANAQUES.

§ I.

No pretendo desterrar del mundo los almanaques, sino la vana estimación de sus predicciones; pues sin ellas tienen sus utilidades, que valen por lo ménos aquello poco que cuestan. La devoción y el culto se interesan en la asignación de fiestas y santos en sus propios días; el comercio en la noticia de las ferias francas; la agricultura, y acaso también la medicina, en la determinación de las lunaciones. Esto es cuanto pueden servir los almanaques; pero la parte judiciaria que hay en ellos, sin embargo de hacer su principal fondo en la aprehensión común, es una apariéncia ostentosa, sin substancia alguna; y esto, no sólo en cuanto predice los sucesos humanos, que dependen del libre albedrío, mas aún en cuanto señala las mudanzas del tiempo, ó várias impresiones del aire.

Ya veo que, en consideración de esta propuesta, están esperando los astrólogos que yo les condene al punto por falsas las predicciones de los futuros contingentes que traen sus reportorios. Pero estoy tan léjos de eso, que el capítulo por donde las juzgo más despreciables, es ser ellas tan verdaderas. ¿Qué nos pronostican estos judiciarios, sino unos sucesos comunes, sin determinar lugares, ni personas; los cuales, considerados en esta vaga indiferencia, sería milagro que faltasen en el mundo? Una señora, que tiene en peligro su fama; la mala nueva que contrista á una córte; el susto de los dependientes por la enfermedad de un gran personaje; el feliz arribo de un navío al puerto; la tormenta que padece otro; tratados de casamientos, ya conducidos al fin, ya desbaratados, y otros sucesos de este género tienen tan segura su existencia, que cualquiera puede pronosticarlos sin consultar las estrellas; porque siendo los acaecimientos, que se expresan, nada extraordinarios, y los individuos sobre quienes pueden caer innumerables, es moralmente imposible que en cualquiera cuarto de luna no comprendan á algunos. A la verdad, con estas predicciones generales no puede decirse que se pronostican futuros contingentes, sino necesarios; porque aunque sea contingente, que tal navío padezca naufragio, es moralmente necesario que entre tantos millares, que siempre están surcando las ondas, alguno peligre; y aunque sea contingente, que tal príncipe esté enfermo, es moralmente imposible que todos los príncipes del mundo en cualquiera tiempo del año gocen entera salud. Por esto va seguro quien, sin determinar individuos ni circunstancias, al navío le pronostica el naufragio, al príncipe la dolencia, y así de todo lo demas.

Si tal vez señalan algunas circunstancias, obscurecen el vaticinio en cuanto á lo substancial del acaecimiento, de modo, que es aplicable á mil sucesos diferentes, usando en esto del mismo arte que practicaban en sus respuestas los oráculos, y el mismo de que se valió el fran-

ces Nostradamo en sus predicciones, como también el que fabricó las supuestas profecías de Malaquías. Así en este género de pronósticos halla cada uno lo que quiere; de que tenemos un reciente y señalado ejemplo en la triste borrasca que poco há padeció esta monarquía, donde, según la división de los afectos, en la misma profecía de Malaquías, correspondiente al presente reinado, unos hallaban asegurado el cetro de España á Carlos VI, emperador de Alemania, y otros al monarca, que por disposición del cielo, ya sin contingencia alguna, nos domina.

§ II.

Pero ¿qué más pueden hacer los pobres astrólogos, si todos los astros que examinan no les dan luz para más? No me haré yo parcial del incomparable Juan Pico Mirandulano, en la opinión de negar á los cuerpos celestes toda virtud operativa fuera de la luz y el movimiento; pero constantemente aseguraré que no es tanta su actividad, cuanta pretenden los astrólogos. Y debiendo concederse lo primero, que no rige el cielo con dominio despótico nuestras acciones; esto es, necesitando á ellas, de modo que no podamos resistir su influjo; pues con tan violenta batería iba por el suelo el albedrío, y no quedaba lugar al premio de las acciones buenas, ni al castigo de las malas; pues nadie merece premio ni castigo con una acción á que le precisa el cielo, sin que él pueda evitarlo; digo, que concedido esto, como es fuerza concederlo, ya no les queda á los astros, para conducirnos á los sucesos, ó prósperos ó adversos, otra cadena que la de las inclinaciones. Pero fuera de que el impulso, que por esta parte se da al hombre, puede resistirlo su libertad, aún cuando no pudiera, es inconexo con el suceso que predice el astrólogo.

Pongamos el caso, que á un hombre, examinado su horóscopo, se le pronostica que ha de morir en la guerra. ¿Qué inclinaciones pueden fingirse en este hombre, que le conduzcan á esta desdicha? Imprímale ahora Marte un ardiente deseo de militar, que es cuanto Marte puede hacer; puede ser que no lo logre, porque á muchos que lo desean se lo estorba, ó el imperio de quien los domina, ó algún otro accidente. Pero vaya ya á la guerra, no por eso morirá en ella; pues no todos, ni aun los más que militan, rinden la vida á los rigores de Marte. Ni aún los riesgos que trae consigo aquel peligroso empleo le sirven de nada para su predicción al astrólogo; pues este, por lo común, no sólo pronostica el género de muerte de aquel infeliz, mas también el tiempo en que ha de suceder; y los peligros del que milita no están limitados á aquel tiempo, sino extendidos á todo tiempo en que haya combate.

Y veis aquí sobre esto un terrible embarazo de la judiciaria, y no sé si bien advertido hasta ahora. Para que el astrólogo conozca por los astros que un hom-

bre por tal tiempo ha de morir en la batalla, es menester que por los mismos astros conozca que ha de haber batalla en aquel tiempo; y como esto los astros no pueden decirselo, sin mostrarle cómo influyen en ella (pues es conocimiento del efecto por la causa), es consiguiente que esto lo vea el astrólogo. Ahora, como el dar la batalla es acción libre en los jefes de ambos partidos, ó por lo ménos en uno de ellos, no pueden los astros influir en la batalla, sino inclinando á ella á los jefes. Por otra parte, esta inclinación de los jefes no puede conocerla el astrólogo, pues no examinó el horóscopo de ellos, como suponemos, y de allí depende en su sentencia toda la constitución de las inclinaciones y toda la serie de los sucesos.

Aun no pára aquí el cuento. Es cierto que el jefe, influyan como quieran en él los astros, no determinará dar la batalla, sino en suposición de haber hecho tales ó tales movimientos el enemigo, y acaso de haber conspirado en lo mismo algunos votos de su consejo, de hallarse con fuerzas probablemente proporcionadas, y de otras muchas circunstancias, cuya colección determina á semejantes decisiones; siendo infalible que el caudillo es inducido al combate por algún motivo, faltando el cual se estuviera quieto ó se retirara. Con que es menester que todas estas disposiciones prévias, sin las cuales no se tomará la resolución de batallar, por más fogoso que le haya hecho Marte al caudillo, las tenga presentes y las lea en las estrellas el astrólogo. Pasemos adelante. Estas mismas circunstancias que se requieren para la resolución del choque, dependen necesariamente de otras muchas acciones anteriores, todas libres. El tener el campo más ó ménos gente, depende de la voluntad del príncipe, y más ó ménos cuidado, de los ministros; los movimientos del enemigo, de mil circunstancias prévias y noticias, verdaderas ó falsas, que le administran; los votos del consejo de guerra nacen en gran parte del genio de los que votan, y retrocediendo más, el mismo rompimiento de la guerra entre los dos príncipes, sin el cual no llegaría el caso de darse esta batalla, ¿en cuántos acaecimientos anteriores, todos contingentes y libres, se funda? De modo que esta es una cadena de infinitos eslabones, donde el último, que es la batalla, se quedará en el estado de la posibilidad, faltando cualquiera de los otros. De donde se colige que el astrólogo no podrá pronunciar nada en órden á este suceso, si no es que lea en las estrellas una dilatadísima historia. Y ni esta historia está escrita en los astros, ni aún cuando lo estuviera, pudieran leerla los astrólogos. No está escrita en los astros, porque estos solo pueden inferir tantas operaciones como se representan en ella, influyendo en las inclinaciones de los actores; y esta ilación precisamente ha de flaquear, porque entre tanto número de sujetos, es totalmente inverisímil, que alguno ó algunos no obren contra la inclinación que conduce para que se dé la batalla, ó por dictamen de conciencia, ó por razón de conveniencia, ó por el contrapeso de otra inclinación más poderosa, como sucede en el avaro vengativo, que por más que la ira le incite, deja vivir á su enemigo, por no arriesgar su dinero; y una operación sola que falte de tantas á que los astros inclinan, y que son pre-

cisamente necesarias para que llegue el caso de darse la batalla, no se dará jamás.

Tampoco, aunque toda aquella larga serie de sucesos y acciones, que precisamente han de preceder el combate, estuviera escrita en las estrellas, fuera legible por el astrólogo. La razón es clara, porque casi todos esos sucesos y acciones dependen de otros sujetos, cuyos horóscopos no ha visto el astrólogo (pues suponemos que sólo vió el horóscopo de aquel á quien pronostica la muerte en la batalla), y no viendo el horóscopo de los sujetos, no puede terminar nada la judiciaria de sus acciones.

§ III.

Es fuerza esto de otro modo. Cuando el astrólogo, visto el horóscopo de Juan, le pronostica muerte violenta, es cierto que los astros no pueden representarle esta tragedia, sino porque la contienen en sí, como causas suyas. Pregunto ahora: ¿cómo causarán los astros esta muerte? No influyendo derechamente en la acción del homicidio, porque, como son causas necesarias, y no libres; no sería la acción del homicidio contingente, sino necesaria, y así, no podría evitarla el agresor. Tampoco determinando la voluntad y brazo del homicida, porque se seguiría el mismo inconveniente de ser movidas necesariamente á la acción las potencias de este; por cuya razón asientan los teólogos que si la primera causa obrase necesariamente, las segundas no podrían obrar con libertad. Luego solo resta que los astros influyan en aquella muerte violenta, imprimiendo alguna inclinación que conduzca á ella. Pero esta inclinación ¿en quién la han de imprimir? No en Juan, porque este nunca tendrá inclinación á ser muerto violentamente, ni el que le inspiren un genio colérico y provocativo hace al caso; porque los más de estos espiran de muerte natural, como asimismo muchos pacíficos mueren á golpe de cuchillo. Con que quedamos en que esta inclinación se la han de imprimir al matador. Pero este, con toda su inclinación á matar á Juan, es muy posible que no pueda ejecutarlo. Es muy posible también que el miedo del castigo, que el riesgo de sus bienes, que el amor de sus hijos le detenga. Mas concedámosle una inclinación tan violenta, que haya de superar todos esos estorbos, y aún facilitarle los medios. ¿Cómo puede el astrólogo conocer esa inclinación del matador, cuyo horóscopo no ha visto, sino sólo del que ha de ser muerto? Y por otra parte, los astros, que sólo por ese medio han de causar la muerte, sólo pueden representársela al astrólogo, en cuanto contienen la inclinación del matador en su influjo.

Y que no depende, ni el género, ni el tiempo de la muerte de los hombres, de la constitución del cielo que reina cuando nacen, se ve claro en que mueren muchísimos á un tiempo y de un mismo modo, los cuales nacieron debajo de aspectos muy diferentes. ¿Por ventura, como dice bien Juan Barclayo, cuando la tormenta precipita al fondo del mar una grande nao, y perecen todos los que iban en ella, se ha de pensar, que todos aquellos infelices nacieron debajo de un sistema celeste, que amenazaba naufragio, disponiendo

los mismos astros que sólo se juntasen en aquella nave los que habian nacido debajo de aquel sistema? Buenas crederas tendrá quien lo tragare. Antes es cierto que en los mismos puntos de tiempo en que nacieron esos hombres, nacieron otros muchísimos en el mundo, que tuvieron muerte muy diferente. En la guerra llamada servil, donde conspiraron á recobrar con el hierro la libertad todos los esclavos de los romanos, murieron, sin que se salvase ni uno solo, cuantos seguían las banderas del pastor Atenion, que eran algunos, no pocos, millares. ¿Quién dirá que todos estos rebeldes nacieron debajo de tal constitucion de astros, que los destinaba á esa desdicha? Y más, cuando los mismos astrólogos asientan, que son pocos los aspectos que pronostican muerte en la guerra. ¿Cuántos nacerían en el mundo al mismo tiempo que aquellos esclavos, los cuales murieron en su propio lecho, y ni áun tomaron jamas las armas en la mano!

§ IV.

La correspondencia de los sucesos á algunas predicciones, que se alega á favor de los astrólogos, está tan léjos de establecer su arte, que ántes, si se mira bien, la arruina. Porque entre tantos millares de predicciones determinadas como formaron los astrólogos de mil y ochocientos años á esta parte, apénas se cuentan veinte ó treinta, que saliesen verdaderas; lo que muestra que fué casual, y no fundado en reglas, el acierto. Es seguro, que si algunos hombres, vendados los ojos un año entero, estuviesen sin cesar disparando flechas al viento, matarian algunos pájaros. ¿Quién hay, decia Tulio, que flechando áun sin arte alguna todo el dia, no dé tal vez en el blanco? *Quis est qui totum diem jaculans, non aliquando collimet?* Pues esto es lo que sucede á los astrólogos. Echan pronósticos á montones sin tino, y por casualidad uno ú otro entre millares logra el acierto. Necesario es (decia con agudeza y gracia Séneca en la persona de Mercurio, hablando con la Parca) que los astrólogos acierten con la muerte del emperador Claudio, porque desde que le hicieron emperador, todos los años y todos los meses se la pronostican, y como no es inmortal, en algun año y en algun mes ha de morir: *Patere mathematicos aliquando verum dicere, qui illum, postquam princeps factus est, omnibus annis, omnibus mensibus efferunt* (1).

Este método, que es seguro para acertar alguna vez, después de errar muchas, no les aprovechó á los astrólogos, que quisieron determinar el tiempo en que habia de morir el papa Alejandro VI, por no haber sido constantes en él. Y fué el chiste harto gracioso. Refiere el Mirandulano que, formado el horóscopo de este papa, de comun acuerdo le pronosticaron la muerte para el año de 1495. Salió de aquel año Alejandro sin riesgo alguno, con que los astrólogos le alargaron la muerte al año siguiente, del cual habiendo escapado tambien el Papa, consecutivamente hasta el año de 1502, casi cada año le pronosticaban la fatal sentencia. Finalmente, viéndose burlados tantas veces, en el año de 1503

(1) *In Ludo, de morte Claudii Caesaris.*

quisieron enmendar la plana, tomando distinto rumbo para formar el pronóstico, en virtud del cual pronunciaron que aun le restaban al Papa muchos años de vida. Pero, con gran confusion de los astrólogos, murió el mismo año de 1503.

§ V.

Añado que algunas famosas predicciones, que se jactan por verdaderas, con gran fundamento se pueden reputar inciertas ó fabulosas. De Leoncio Bizantino, filósofo y matemático, se refiere, que predijo á su hija Athenais que habia de ser emperatriz, y por eso en el testamento, repartiendo todos sus bienes entre dos hijos que tenia, á ella no la dejó cosa alguna. Pero los mejores autores nada dicen del pronóstico; si sólo que Leoncio, en consideracion de la singularísima belleza, peregrino entendimiento y ajustada virtud de Athenais, conoció que no podia ménos de ser codiciada para esposa de algunos hombres acomodados, teniendo harto mejor dote en sus propias prendas, que en toda la hacienda de su padre, y por esto fué olvidada en el testamento, lo que ocasionó su fortuna; porque yendo á quejarse del agravio á la princesa Pulqueria, hermana de Teodosio el Segundo, enamoró tanto á los dos príncipes, que Pulqueria luégo la adoptó por hija, y después el Emperador la tomó por esposa.

Del astrólogo Ascleterion, dice Suetonio, que predijo que su cadáver habia de ser comido de perros; lo cual sucedió, por más que Domiciano, á quien el mismo Ascleterion habia pronosticado su funesto éxito, procuró precaverlo, para desvanecer el pronóstico de su muerte, falsificando el que Ascleterion habia hecho de aquella circunstancia de la suya propia; porque habiendo, luégo que mataron al astrólogo, arrojado, de orden del Emperador, el cadáver en una grande hoguera, para que prontamente se deshiciese en ceniza, sobrevino al punto una abundante lluvia, que apagó el fuego, y no con ménos puntualidad acudieron los perros á cebarse en aquella víctima, inútilmente sacrificada á la seguridad del príncipe sangriento. Pero todo este hecho, dice el jesuita Dechales, es muy sospechoso, porque no se señala en libro alguno de los que tratan de la judiciaria constelacion, aspecto ó tema celeste, á quien atribuyan los astrólogos tal circunstancia ó especie de muerte.

Del célebre Lucas Gaurico cuentan algunos autores que, consultado de Maria de Médicis, reina de Francia, sobre el hado de su hijo Enrico II, pronosticó con harta individuacion su muerte, diciendo que moriria de la herida que en una justa habia de recibir en un ojo. Pero el citado Dechales y Gabriel Naude lo refieren muy al contrario, diciendo que ántes bien erró cuanto pudo errar la prediccion, pronosticándole á aquel príncipe muerte natural y tranquila, después de una vida muy larga; como erró asimismo pronosticando á Juan Bentivollo la expulsion de Bolonia, y designando á Francisco II el año de su muerte.

De otro astrólogo se dice haberle vaticinado á Maria de Médicis que habia de morir en San German, lo cual se cumplió, asistiéndola en aquel trance un abad

llamado Juliano de San German. Pero, fuera de que esto no fué verificarse la profecía, pues no habia sido esa la mente del astrólogo, sino que habia de morir en el lugar ó monasterio de San German, ó no hubo tal vaticinio, ó si le hubo, no se fundó en las reglas de la judiciaria, pues en los libros astrológicos no se señalan aspectos significadores de los lugares que han de ser teatros de las tragedias, ni de los nombres de las personas que han de intervenir en ellas; ni esto podria ser sin crecer á inmenso volúmen los preceptos de este arte.

Acaso no serian más verdaderas que las expresadas la prediccion de Sputina á César, la de los caldeos á Neron, y otras semejantes, que, por la mayor parte, recibieron los autores que las escriben de manos del vulgo. Y bien se sabe que en el comun de los hombres es bien frecuente, después de visto el suceso, hallar alusion á él en una palabra que anteriormente se dijo sin intento, y áun sin significacion, y poco á poco mudando y añadiendo, llegar á ponerla en paraje de que sea un pronóstico perfecto. De esto tenemos mil ejemplos cada dia.

§ VI.

Una ú otra vez puede deberse el acierto de las predicciones, no á las estrellas, sino á políticas y naturales conjeturas; gobernándose en ellas los astrólogos; no por los preceptos de su arte, de que ellos mismos hacen bien poco aprecio, por más que los quieren ostentar al vulgo, si por otros principios, que, aunque falibles, no son tan vanos. Por la situacion de los negocios de una república, se pueden conjeturar las mudanzas que arribarán en ella. Sabiendo por experiencia que raro valido ha logrado constante la gracia de su príncipe, de cualquiera ministro alto, cuya fortuna se ponga en cuestion, se puede pronunciar la caída con bastante probabilidad. Y con la misma, á un hombre de genio intrépido y furioso se le podrá amenazar muerte violenta. Por la fortuna, genio, temperamento é industria de los padres, se puede discurrir la fortuna, salud y genio de los hijos. Es cierto que por este principio se dirigieron los astrólogos de Italia, consultados por el duque de Mantua, sobre la fortuna de un recién nacido, cuyo punto natalicio les habia comunicado. En la noticia que les habia dado el Príncipe se expresaba que el recién nacido era un bastardo de su casa, cuya circunstancia determinó á los astrólogos á vaticinarle dignidades eclesiásticas; siendo comun que los hijos naturales y bastardos de los príncipes de Italia sigan este rumbo; y así, en esta parte fueron concordés todas las predicciones, aunque discordes en todo lo demas. Pero el caso era, que el tal bastardo de la casa de Mantua era un mulo, que habia nacido en el palacio del Duque, al cual con bastante propiedad se le dió aquel nombre, para ocasionar á los astrólogos con la consulta la irrision que ellos merecieron con la respuesta.

Algunas veces las mismas predicciones influyen en los sucesos; de modo que no sucede lo que el astrólogo predijo, porque él lo leyó en las estrellas; ántes sin haber visto él nada en las estrellas, sucede sólo porque él lo predijo. El que se ve lisonjeado con una prediccion favorable, se arroja con todas sus fuerzas á los medios,

ya de la negociacion, ya del mérito, para conseguir el profetizado ascenso, y es natural lograrle de ese modo. Si á un hombre le pronostica el astrólogo la muerte en un desafio, sabiéndolo su enemigo, le saca al campo, donde este batalla con mas esfuerzo, como seguro del triunfo, y aquel lánguidamente, como quien espera la ejecucion de la fatal sentencia; al modo que nos pinta Virgilio el desafio de Turno y Enéas. Creo que no hubiera logrado Neron el imperio si no le hubieran dado esa esperanza á su madre Agripina los astrólogos, pues sobre ese fundamento aplicó aquella ardiente y política princesa todos los medios. Acaso César no muriera á puñaladas si los matadores no tuvieran noticia de la prediccion de Spurina, que les aseguraba aquel dia la empresa. Lo mismo digo de Domiciano y otros.

Es muy notable á este propósito el suceso de Armando, mariscal de Viron, padre del otro mariscal, y duque de Viron, que fué degollado de orden de Enrique IV de Francia. Pronosticó un adivino que habia de morir al golpe de una bala de artillería; lo que le hizo tal impresion, que siendo un guerrero sumamente intrépido, después de notificado este presagio, siempre que oía disparar la artillería le palpitaba el corazon. El mismo lo confesaba á sus amigos. Realmente una bala de artillería le mató; pero no le matara si él hubiera despreciado el pronóstico. Fué el caso, que en el sitio de Epernai, oyendo el silbido de una bala hacia el sitio donde estaba, por hurtarle el cuerpo, se apartó desparado, y con el movimiento que hizo fué puntualmente al encuentro de la bala; la cual, si se estuviese quieto en su lugar, no le hubiera tocado. Así el pronóstico, haciéndole medroso para el peligro, vino á ser causa ocasional del daño. Refiere este suceso Mezeray.

Ultimamente, puede tambien tener alguna parte en estas predicciones el demonio, el cual, si los futuros dependen precisamente de causas necesarias ó naturales, puede con la comprehension de ellas antever los efectos. Pongo por ejemplo la ruina de una casa, porque penetra mejor que todos los arquitectos del mundo el defecto de su contextura, ó porque sabe que no basta su resistencia á contrapesar la fuerza de algun viento impetuoso, que en sus causas tiene previsto; y aquí con bastante probabilidad puede, por consiguiente, avanzar la muerte del dueño, si es por genio retirado á su habitacion. Aun en las mismas cosas que dependen del libre albedrío, puede lograr bastante acierto con la penetracion grande que tiene de inclinaciones, genios y fuerzas de los sugetos, y de lo que él mismo ha de concurrir al punto destinado con sus sugerencias. Por esto son muchos, y entre ellos san Agustin (1), de sentir, que algunos, que en el mundo suenan profesar la judiciaria, no son dirigidos en sus predicciones por las estrellas, sino por el oculto instituto de los espíritus malos. Yo convengo en que no se deben discurrir hombres de semejante carácter entre los astrólogos católicos. Sin embargo de que Jerónimo Cardano, que fué muy picado de la judiciaria, no dudó declarar que era inspirado muchas veces de un espíritu, que familiarmente le asistia.

(1) *De Civitate Dei, libro v, capítulo ix.*